

## TODOS LOS OSITOS GRANDES Y PEQUEÑOS

Todos los osos, pero todos todos, tienen historia. Y no sólo los osos. También los conejos, perros, gatos y monos de peluche, las muñecas de trapo, los marcianos de plástico, las ovejas de lana... Todos los seres que viven en la habitación de un niño guardan una historia que les hace ser únicos y preciosos. Por eso, aunque envejeczan, son insustituibles. Irene y Laura lo sabían. Mamá les había explicado cómo, cuándo y por qué habían llegado los suyos a casa. Las historias no siempre eran muy claras, algunas veces se mezclaban con cosas que ellas habían soñado o imaginado. Pero había cosas que eran indiscutibles, como, por ejemplo, que Teddy se comía las pesadillas, que Samy curaba el dolor de tripa o que Peposo no tenía dedos bastantes para contar sus años. También sabían que debían guardar esas historias en su cabeza, o en su corazón, o en el sitio en el que se guarden las cosas bonitas, porque cuando fueran mayores y tuvieran niños deberían explicárselas a ellos, y esa era la única manera de que Peposo, Samy y todos los demás siguieran siendo SINGULARES. SINGULARES quiere decir que aunque llegara a casa un juguete precioso, nuevo, lleno de luces y sonidos, plumas y globos de colores nunca, pero nunca nunca de los jamases iba a sustituirles. Como mucho entretenerles un tiempo, mientras la casa estaba vacía, papá y mamá trabajando y ellas en el cole. En ese momento en que los juguetes abandonan el sitio en el que les han colocado y

andan por casa toqueteándolo todo. Por eso, cuando las niñas volvían a casa, el juguete aparecía en mitad del pasillo. Ellas lo sabían, y de algún modo mamá también lo sabía, y aunque protestaba porque todo estaba desordenado, cuando nadie miraba, les guiñaba un ojo a los Muñecos Singulares y soplabla encima de sus cabecitas para quitar el polvo.

Ahora os voy a contar alguna de esas historias, pero lo que es importante de verdad es que averigüéis la historia de los vuestros, y así sabréis si alguno de ellos da sueño cuando los papás te mandan a la cama antes de lo que a ti te apetece, cual sirve para espantar a los monstruos de Pelusilla de Debajo de la Cama y si alguno de los más chiquitines ayuda a recordar la tabla de multiplicar del seis si lo metes en el bolsillo de la bata. Lo importante de verdad es que nunca, pero nunca nunca de los jamases les maltratéis porque estén viejos o descosidos. Eso les destrozaría el corazoncito...Si ya no te caben en el cuarto, si prefieres los Dinosaurios Mutantes Zombies o la Fiesta-Party Beach de las Superdivasdiver los metes en la lavadora con mucho suavizante, para que huelan muy bien, compras una caja bien bonita y los guardas ahí hasta que seas un Papá o una Mamá; entonces los sacas y le cuentas a tus niños sus historias. Ese día entenderás que su historia es también la tuya... Pero bueno, para eso aún falta mucho, mucho tiempo....

HISTORIA DE CUANDO PEPOSO NO ERA AÚN  
PEPOSO Y MAMÁ NO ERA AÚN MAMÁ

Peposo es el más viejo de los osos de la casa. Tiene tantos años que un día, cuando Irene era Irenita, y un señor de una tienda le preguntó “¿Cuántos años tienes, guapa?” Irenita alargó su mano y enseñando tres deditos, contestó muy ufana “TRES” Entonces, el señor, que por lo visto era muy curioso, preguntó “¿Y tu oso?” Esta vez, Irenita miro la mano de Peposo, que era como la de todos los osos, redondita y con el dedo gordo a un lado, y contestó “No lo sé. No tiene dedos” Y todos estuvieron de acuerdo en que debería tener un montonazo de años.

Y así era. En realidad, había una parte de la vida de Peposo sobre la que nadie sabía nada. Suponían que un día fue un oso nuevo con etiqueta en la oreja, y llegó a una casa con niños, y tal vez le quisieron, o tal vez no, pero lo cierto es que el tiempo pasó y Peposo acabó habitando el cajón de los trastos viejos, y de ahí fue a parar a la basura. Y aquí paro la historia para pedirlos por favor, por favor de todos los favores que nunca nunca de los jamases hagáis algo así. Peposo en el cubo de la basura lloró todo lo que un oso que no bebe agua es capaz de llorar, y creyó que aquella noche iba a acabar en ese horrible camión que come porquerías.

Pero sucedió que un anciano al que le había pasado algo parecido a Peposo, es decir, que le habían dejado tirado en la basura, pasó por ahí, recogiendo trastos de los cubos para ver si

podía venderlos en el Mercadillo de Cosas Viejísimas. Aquel día encontró una camiseta naranja con floripondios verdes, un bolso sin cremallera, tres pares de zapatos viejos y...un oso bastante cochambroso. Sí, lo habéis adivinado. Era él. Pero acordaros de que todavía no se llamaba Peposo. Solo era Un Oso Abandonado y Sin Nombre Conocido,

El abuelo llegó al mercadillo, extendió en el suelo un pañuelo con cuadritos marrones y negros y colocó encima con mucho cuidado todo lo que había encontrado. Se sentó y se puso a dormir. Total, era poco probable que nadie quisiera ninguna de aquellas porquerías...

Aquel día, mamá, que aún no era mamá, ni mucho menos, era una niña mayor, como ahora Irene, había ido al Mercadillo de Cosas Viejísimas con sus amigas. Iban a hacer una función de teatro y necesitaban sombreros con plumas, abrigos con puntillas y todo tipo de Cosas Estrafalarias. Si os estáis preguntando que quiere decir “estrafalario” os diré que es todo eso que a los niños les encantaría ponerse y a los padres les pone los pelos de punta. Pues bien, iba mamá (acordaros de que no era mamá aún) mirando por aquí y por allá, cuando paso por delante del abuelo del pañuelo que dormía con la boca abierta, haciendo un cosa como GRGRGRGZZZZÑÑÑ, o parecido, y vio aquel oso estrafalario (ahora ya sabéis lo que quiere decir) y pensó “caramba”, solo eso, “caramba” y como entonces era medio niña medio mayor, pues

medio le gustó medio le puso los pelos de punta, pero lo cierto es que le dio muchísima pena, tan solito junto a los zapatos viejos y la camiseta de floripondios. Y estaba ahí, como pasmada, cuando una mosca del tamaño de un autobús se puso sobre la nariz del viejo, y este se despertó de un brinco, y cuándo vio a mamá parada delante le dijo “¿Qué quieres?” pero con muy mala sombra, y mamá entendió que tenía que salvar a ese pobre oso estrafalario, y le preguntó ¿Cuánto vale el oso? El viejo se rascó una oreja y dijo “VEINTICINCO PESETAS” porque eso pasó hace mucho tiempo, y entonces se pagaba con pesetas. Y mamá dijo, “vale” y lo compró.

Tuvo mucho mérito que lo comprara, porque no os he dicho que Peposo no era precisamente un oso pequeño. No era tampoco un oso de tamaño natural, pero se le salían la cabezota y las patas de delante de la bolsa de plástico, y los que tenéis hermanas mayores ya sabéis lo tontísimas que se ponen las chicas a esa edad, y todas las amigas de mamá se rieron de ella por haberlo comprado. La pura verdad es que cuando llegó a casa y lo puso sobre la cama, pensó “madre mía”, solo eso “madre mía”.

Decidió que lo mejor era meterlo en la lavadora con mucho suavizante, ya os he dicho, y luego le recosió las costuras y un ojo que lo llevaba medio colgando. Le hizo un jersey y lo dejó encima de la cama. Y allí se quedo, por mucho, mucho tiempo....

.....

Peposo estaba contento en casa de mamá. Bueno, en casa de la mamá de mamá, porque ya os acordareis que por aquel entonces mamá era una niña mayor, como ahora Irene. Estaba calentito, limpio, tranquilo...quizás demasiado tranquilo. Claro, un oso es, por encima de todo, un juguete, y en aquella casa no había niños. Mamá se había hecho ya mayor, más aún que Irene, y ahora tenía un novio. Ese novio, ¡No os lo vais a creer! Era ni más ni menos que Papá, pero claro, aún no era papá. El caso es que papá y mamá se casaron y se fueron a vivir a otra casa. Y Peposo con ellos, no penséis que volvió al cubo de basura, no. Esas cosas ya sabéis que no se hacen. Le colocaron encima de una cama en la que no dormía nadie, en una habitación en la que no había nunca nadie y a la que llamaban “La Habitación de los invitados”, pero que en realidad era la habitación de Olivia, la gata, que era la única que dormía sobre aquella cama, y con la que Peposo llegó a hacer amistad.

Pero, fijaros si la vida es bonita y no os olvidéis nunca de esto que os digo. Cuando uno creé que ya nada bueno va a pasar, cuando uno está triste o muy triste, o tristísimo, entonces ocurre algo maravilloso que es como una sorpresa de cumpleaños y un regalo de Navidad y doce Ratoncitos Pérez juntos...Y en aquella ocasión lo que ocurrió fue que un día papá y mamá volvieron a

casa convertidos en Papá y Mamá, y llevaban consigo una bebida pequeña, redonda y sonrosada como un melocotón.

Como ya imagináis, aquella bebida preciosa era Irene. Y Peposo supo sin dudarle que tarde o temprano se iban a encontrar y la vida iba a volver a ser maravillosa. Pasó un tiempo, no mucho, lo justo para que Irene que entonces era Irenita se aguantara sobre sus piececillos y decidiera ir a ver el mundo entero y redondito, que por aquel entonces era tan solo su casa. Y caminando, tropezando, riéndose y poniéndose de pie, un día llegó hasta la puerta de la Habitación de Invitados persiguiendo a Olivia que llevaba en la boca un calcetín de rayas, y entró por vez primera en aquel cuarto medio en penumbra, con las cortinas echadas, y vio sobre la cama aquel montoncito peludo y acercándose muy despacito extendió los brazos y lo cogió, y mamá, que entraba tras de ella siguiéndola, se quedó muy quieta, para no molestarles, mirando, hasta que Irene se volvió sonriente y dijo:

- Mira, mamá. Peposo.

Y Peposo creyó que moriría de felicidad, pero los osos no se mueren de felicidad, ni mucho menos, solo se mueren de pena. Y aquel día Peposo, que ahora sí era ya PEPOSO, cambió de habitación, y cambió de vida, y supo que todo lo que le había pasado hasta entonces había sido como caminar por un camino muy estrecho y difícil hasta llegar al mejor lugar del mundo, que

eran los brazos de aquella niña, de la que ya nunca, pero nunca nunca de los jamases se separaría. Y fíjate que incluso ahora que Irene hace tiempo que ya no es Irenita, y se parece mucho, pero mucho mucho a mamá, sigue teniendo a Peposo sobre la cama, y algunas veces le cuenta cosas que no cuenta a nadie más, que nadie más sabe, y le promete que cuando ella sea mamá, se irá con ella y cuidará de su bebé. Peposo sabe que es verdad, y que cumplirá su palabra, y yo también lo sé.

### LAS DOS HISTORIAS DE SAMY

Samy es el oso de Laura. Es mucho más pequeño de Peposo, de tamaño y de años. Es, o mejor dicho, fue, de un terciopelo verde precioso, pero de un verde que no es como el de la hierba, ni el de los árboles, ni el de nada, y que desde entonces paso a llamarse “verde Samy”. Tiene las patitas y las orejas amarillas, o las tenía. Y es que Laura ha jugado tanto con él, le ha besuqueado, abrazado y babeado tanto, le ha vomitado tantas veces cuando estaba malita y ha ido tantas veces a la lavadora (con suavizante verde, como a él le gusta) que el terciopelo ya empieza a clarear por algún sitio.

Una vez al año, cuando la abuela de las niñas viene a pasar unos días a casa, abre a Peposo y a Samy por un costado y los rellena de nuevo. A Peposo, como es tan grande, le mete camisetas viejas. A Samy, como es más pequeñajo, algodón. La abuelita dice que no



les hace daño cuando les cose, que es casi casi como cortarse el pelo o las uñas, y las niñas se lo creen, porque los osos parecen contentos de ver a la abuelita. También les cose los ojos, las orejas y pone parches. Y es que la mamá de las niñas sabe mucho de contar cuentos, y también de hacer galletas, pero lo que es de coser, es un desastre, y hay que esperar a la abuelita para poner los osos a punto.

Samy tiene dos historias. Esas cosas pasan con los osos, a nadie le extraña, a todo el mundo le parece normal. Cuando Laura le dice a mamá “cuéntame otra vez la historia de Samy”, pues unas veces sale una y otras veces la otra. La vida de los osos es así, pero no importa.

El caso es que Samy en realidad nació el mismo día que Laura. Llegó a la clínica en una bolsita de papel, junto a un enorme ramo de flores. Como era tan verde, al principio le llamaban el Oso Lechuguín, pero a Samy no le gustaba, porque él sabía que se llamaba Samy, lo llevaba escrito en una pata. Ponía “Sam”, pero ese era un nombre muy serio, así que mejor era llamarse Samy. Fue necesario que Irene se diera cuenta y les hiciera comprender a los mayores que a uno no se le cambia el nombre así como así. Todos lo entendieron y al poco tiempo ya nadie se acordaba de eso del Osito Lechuguín. Solo el Payaso Booboo. El Payaso Booboo también había llegado a la clínica a la vez que Samy, y la verdad era que se trataba de un payaso precioso, de tacto suave y colores alegres, pero tenía una pega. Llevaba un sonajero en el culete.

Cuando Laura se dormía mordisqueándole la nariz, Booboo era feliz, pero en cuanto lo agitaba el culete le sonaba DINGDINGDINGDING y Laura abría unos ojazos como platos, y papá, que se había pasado tres cuartos de hora cantándole canciones para que se durmiera, se tiraba de los pelos. Así que quedó claro que Booboo se tenía que esperar un tiempcito a que Laura creciera.

Y Samy pasó a ser el Más Mejor Oso de compañía. Por eso Booboo le tenía un poco de celillos, pero pocos, no muchos. Eran buenos amigos, y les gustaba jugar juntos, solo que, para chincharle, de vez en cuando, Booboo seguía llamando a Samy Osito Lechugo.

Pero un día, quien sabe porqué, mamá le contó a Laura otra historia. En esta, Samy vivía solito en un árbol muy alto en un bosque muy húmedo. Muy húmedo quiere decir que siempre llovía sin parar, y hacía frío, todo estaba lleno de charcos, pero no de los charcos que a uno le gusta saltar con botas de agua, no, sino de los charcos sucios que lo llenan todo y hacen imposible pasear ni jugar. Samy se pasaba los días en la ventana de su casa en el árbol, viendo llover, pensando cómo debía ser la vida con un niño propio, cuanto le gustaría dormir calentito en una cama seca, y sentir el sol sobre su naricita sentado en la hierba de un jardín lleno de flores. Así que un día ya no pudo más y se decidió. Preparo su maleta con las pocas cosas que tenía, y es que a Samy le pasaba lo

mismo que les pasa a algunos niños, aunque para vosotros esto sea difícil de creer. Que tienen muy pocas cosas, y las cosas que tienen las quieren de verdad.

Metió en su maleta un par de calcetines viejecitos, un pañuelo para los mocos, porque siempre estaba constipado, y la única galleta que le quedaba, que además estaba mojada. Y echo a andar. Al principio estaba contento, pensando que por fin iba a perder de vista el bosque muy húmedo, pero a medida que caminaba se daba cuenta de que no sabía dónde iba, y empezó a sentirse perdido y asustado. Anocheció y Samy ya se arrepentía de haber abandonado su árbol, y se puso a lloriquear, arrugando el hociquillo y sorbiéndose los moquitos. Llegó a un sitio con luz por donde pasaban los coches a tanta velocidad que era imposible cruzar al otro lado. Y como estaba tan cansado de tanto caminar con unas patitas tan cortas, se sentó en el suelo y se hizo una bolita, y allí se quedó esperando que algo bueno pasara.

Ya os he dicho que cuando parece que las cosas no pueden ir peor suele pasar algo muy muy bueno, y eso es algo que todos los osos saben. Y lo que sucedió fue que por aquella carretera pasó el coche de mamá, y sentadas en el asiento de atrás iban Irene y Laura.

Como Laura se aburría y no le gustaba aburrirse, miraba por la ventana, porque sabía que, si uno mira a su alrededor, ve las cosas que le rodean, piensa sobre ellas e imagina, nunca se aburre. Y fue entonces cuando vio una cosita verde, un ovillito verde, pero con cara y ojos que miraban asustados, y dijo:

- ¡¡¡¡¡Para, mami!!!!

Y mami pegó un frenazo del susto que si no hubiesen llevado el cinturón puesto habrían salido volando y se habrían estrellado contra el cristal y este cuento no sería un cuento sino una historia muy triste, así que ya veis lo importante que es llevar el cinturón puesto cuando uno ve un oso abandonado en la carretera.

Mamá bajó del coche, porque los niños nunca deben bajar del coche en la carretera y cogió a Samy, que temblaba de frío y de miedo. Laura lo envolvió en su chaqueta y cuando llegaron a casa, hubo que darle un baño calentito para que entrara en calor, y mientras mamá hacía una sopa bien caliente, Irene y Laura buscaron en la caja de ropa de los muñecos un pijama con patucos que fuera abrigado, porque Samy tosía mucho, y aquella noche durmió por primera vez con Laura, y cada vez que se despertaba, creía que estaba soñando, porque Samy no sabía que se podía ser tan feliz, despertarse y seguir siéndolo, y ya nunca nunca de los jamases se volvieron a separar. Esa es la segunda historia de Samy. Ni Laura ni los demás están dispuestos a renunciar a ninguna de las dos historias, una porque es verdad, y la verdad siempre es importante, y otra porque es bonita, y eso también la hace

importante. Ahora vosotros elegid la que queráis, o como hacemos nosotros, quedaros con las dos.

### TEDDY, EL OSO QUE SE COME LAS PESADILLAS

Cada oso es bueno en algo. Unos son buenos en una cosa y otros en otra. Samy, por ejemplo, es bueno quitando el dolor de barriga. También sirve si te duele un pie o una oreja, cuando a última hora del día, uno está tan cansado tan cansado que su cuerpo quiere irse a la cama, pero su cabeza quiere quedarse levantada para estar con papá y mamá o con las visitas si hay visitas, o seguir dibujando, leyendo o jugando, y entonces el cuerpo se queja, y como no tiene boca hace que te duela un pie o una oreja para que te enteres de que tienes que irte a la cama de una vez. Para eso no hay mejor oso que Samy. Te metes con él en la cama y se te cura el dolor. Pero hay una cosa para la que Samy no sirve. Para comerse las pesadillas. Y es que cuando se mete en la cama con Laura se queda dormido antes que ella. Mamá dice, “Buenas noches, cariño” y Laura oye “Buenas noch” pero Samy solo oye “Bue” y ya se ha dormido. Como un tronco. Como un tronco verde, vamos.

Así que si una noche por casualidad, Laura tiene una pesadilla, no hay que esperar ayuda de Samy. Entonces mamá se levanta y le mete en la cama a Teddy. Teddy era el osito de mamá, el de verdad, de antes de que Peposo llegara a casa. Luego fue de

Irene, y ahora de Laura. Está sentado en un sillón del cuarto y cuando se cuele un mal suelo, se lo zampa. Los osos se comen las pesadillas como si fueran peladillas. Menos Samy, claro. Por eso es importante que los niños duerman con un oso, aunque también sirve un perro, un conejo o una muñeca. Incluso un dinosaurio mutante zombie si confías en él, siempre y cuando sea blandito y no te lo claves por la noche.

Laura no suele tener pesadillas. Pero una vez en el colegio una niña nueva pensó que sería muy divertido tratar mal a alguien y eligió a Laura porque era más pequeña que ella. Empezó diciéndole cosas feas y como Laura lloraba siguió con cosas terribles. Por ejemplo, un día le decía “Tu papá se ha muerto”. Laura sabía que eso era mentira, pero se asustaba. Y luego por la noche tenía pesadillas. Papá, mamá, Teddy y Laura se reunieron y hablaron del problema. Decidieron que lo mejor era demostrarle a aquella niña lo poco que le importaba lo que ella dijera, y Laura prometió no llorar más. A cambio Teddy prometió zamparse todas las pesadillas que ella tuviera. En pocos días la niña se quedó con un palmo de narices, Laura volvió a dormir a pata suela y Teddy engordó tres quilos. Si os pasa algo parecido, lo mejor que podéis hacer es, primero y sobre todo contárselo a papá y a mamá, y luego meteros en la cama un osito. O un perro, un conejo una muñeca o un dinosaurio mutante zombie. Eso sí, aseguraros antes que no se duerme como Samy.

## LAS PELUCHAS Y LOS SUAVITOS DE SUAVILANDIA

Hay muñecos que a medida que llegan a casa van juntándose en familias de manera que cuando las niñas no juegan con ellos juegan los unos con los otros. Entre las familias de muñecos, las más importantes sin duda son la de las Peluchas y la de los Suavitos de Suavilandia. La primera está formada por muñecas de peluche que han venido de lugares diferentes y que se han conocido en casa, y han decidido inmediatamente que eran hermanas. Todas ellas son presumidas y coquetas, algo sabiondillas pero muy divertidas y cariñosas. Por lo demás no se parecen en nada; unas son grandes, como Rosita, una enorme muñeca bailarina vestida de rosa que se sienta en una sillita blanca en la habitación de Laura, otras son medianas, como Iris, una muñeca vestida con todos los colores del Arco iris que vive en la casita del jardín, o como Paloma, que es medio ángel medio hada y lleva una falda hecha de hojas de flores y tiene unas preciosas alitas blancas en la espalda, y que se metió en el bolso de mamá en el aeropuerto de Madrid un día en que los papás viajaban sin las niñas, y también las hay pequeñitas, como Sally, que vivía siempre mareada en la tienda de regalos de un barco que iba de Mallorca a Barcelona y de Barcelona a Mallorca y otra vez de Mallorca a Barcelona hasta que la compraron para regalársela a las niñas, o como Clarita, un bebé de peluche que tiritaba en una tienda de juguetes del Pirineo hasta que una navidad, Laura la vio en el escaparate y decidió pedírsela a los Reyes y los Reyes se la trajeron.

A las peluchas les encanta jugar con los Suavitos, Los suavitos también han ido llegando a casa por separado, pero todos se reconocían en cuanto se veían,

porque habían nacido en Suavilandia, y habían salido de allí camino de diferentes tiendas de juguetes, así que se alegraban mucho al encontrarse, como las personas mayores cuando se encuentran con alguien de su pueblo. Entre los Suavitos más conocidos esta Connie, una coneja que es medio Pelucha, por lo presumida, coqueta y sabiondilla. También está el perro Dulcito que duerme sobre la almohada de Laura cuando la cama está hecha y la osa Mari Nieves que es blanca, pero blanca blanca, y Rabito, un conejo de toalla. Pero sin duda lo que hacen más follón son Coco, Quiqui y Borobá, tres monitos pequeños que se pasan la vida dando saltos de la habitación de Laura a la de Irene. Coco fue el primero en llegar a casa y les gustó tanto a las niñas que se peleaban por llevarlo encima cuando viajaban en coche. Porque aunque Irene ya es medio mayor y hace tiempo que ha dejado de ser Irenita y se parece a mamá, no por eso a dejado de querer a los muñecos. Mamá les contó que Coco se le había metido un día en el coche que estaba aparcado cerca del Zoológico y ya no hubo manera de hacerle salir. Como era un mono muy pequeño para dos niñas, un día llegaron a casa Quiqui y Borobá.



Quiqui es la hermana de Coco y vive con él en el sillón de Laura que es un sillón en el que es imposible que una persona se siente sin apartar dos docenas de muñecos. Borobá se fue a la habitación de Irene. Ella le puso ese nombre porque lo sacó de un libro que había leído. Irene lee muchos libros y los quiere tanto como a sus peluches. Y ahora los tres se pasan la vida de una habitación a otra, y hay que tener mucho cuidado de no tropezar con ellos al cruzar el pasillo.

Cuando las Peluchas y los Suavitos dan demasiada bulla, mamá los mete en un cesto y allí se quedan por unos días, pero al cabo de poco tiempo, quién sabe cómo, vuelven a campar a sus anchas por toda la casa.

### LUCÍA Y LILI, LAS OVEJITAS LANUDAS.

— Lucía y Lili son dos ovejitas lanudas y blandas que duermen sobre las camas de las niñas. Llegaron a casa por caminos separados. A Lucía la trajeron los Reyes Magos y sucedió una cosa bien curiosa. Aquel año Irene, que ya era una niña mayor y venía sola del colegio, quería un móvil. Bueno, en realidad Irene no quería un móvil por el hecho de venir sola del colegio, lo quería desde hacía mucho tiempo, porque casi todas sus amigas y compañeros de colegio tenían uno, pero los papás pensaban que un niño no necesita un teléfono móvil para hablar con sus amigos, y que es mucho mejor hablarles cara a cara, cuando estás con ellos

en el patio, por ejemplo. Así que tuvo que aguardar el momento en que, como ya iba sola por la calle, los papás pensaron que sí era útil que tuviera su propio teléfono, y además, ella ya había entendido que un teléfono móvil es solo eso. Un teléfono móvil. Sirve para hablar cuando uno lo necesita, pero que no hay nada como hablar con los amigos cuando uno está con ellos, por ejemplo, en el patio.

Así que aquel año, Irene les había pedido a los Reyes Magos su teléfono móvil. Pero los Reyes Magos algunas veces quieren probar a los niños, sobre todo a los que tenéis muchas cosas, para comprobar que entre tantas y tantas cosas no se les ha perdido la ilusión. Y aquella mañana de Reyes, cuando Irene bajó de su habitación, lo primero que vio junto a sus zapatos, fue una enorme, blanda, esponjosa y dulcísima ovejita de peluche que le miraba con unos hermosos ojitos, deseando que aquella niña fuera su niña y aquella casa su casa a partir de ese día.

Y pese a que Irene, como ya sabéis a estas alturas de la historia, había dejado ya hacía un tiempo de ser Irenita, cuando vio la oveja se olvidó del teléfono y se olvidó de todo lo demás, y dijo “se llamará Lucía” y fíjate que prodigio, fue Laura quien se dio cuenta, mientras su hermana abrazaba a la oveja que ya se llamaba Lucía, de que en el lugar donde esta había dormido, había también un paquete del que nadie se había dado cuenta. Y se lo extendió a Irene, porque el papel llevaba su nombre, y al abrirlo, dentro apareció un teléfono móvil. Y es que lo que nunca nunca debéis hacer es exigir a nadie un regalo, ni siquiera a los Reyes, por muy

magos que sean, y entender de una vez que el mundo está lleno de niños que apenas tienen nada, y que los Reyes deben repartirse entre todos, y si tú te quedas sin tu videoconsola y en lugar de eso te traen un balón, lo mejor que puedes hacer es salir a la calle a jugar con él.

A Laura le encantaba Lucía. Cuando iba al cuarto de su hermana la achuchaba muy fuerte, y es que daba gusto de tocar, tan blanda y suave, y con aquellas pezuñas que parecían de terciopelo. Fue una gran suerte que papá y mamá encontraran a Lili. Una gran casualidad. Mamá le contó que se había tropezado con Lili en el aeropuerto de Málaga, date cuenta de que sitio más raro, un día en el que los papás viajaban sin ellas. Le dijo que andaba perdida, de acá para allá, en medio de montones de personas que casi la pisaban sin verla y recibiendo golpes de las maletas. Así que mamá la cogió, y le preguntó si estaba perdida, y Lili dijo Beee, que como todo el mundo sabe quiere decir que sí en ovejo, y como era una oveja pequeñita y mamá siempre viajaba con un bolso muy grande, se la llevó a casa. A Laura no dejaba de asombrarle que las pocas veces que los papás viajaban sin ellas siempre tuviera encuentros tan extraordinarios, pero tampoco dedicó mucho tiempo a pensarlo, porque era urgente encontrar un lazo precioso para Lili, un biberón, ya que estaba claro que era una oveja bebé, y un sitio para dormir, que como no podía ser de otro modo, acabó siendo la cama de Laura.

## PATOPULGA Y SU MADRE LA SEÑORA PATA PICO PALA

Además de un oso de peluche que se coma las pesadillas, hay otra cosa que todo niño debería tener. Es un pato de goma. Los patos de goma sirven para que los bebés pierdan el miedo a la bañera grandota cuando los cambian de su pequeña bañerita a la grande de los mayores y les parece que se van a colar por el agujero ese que hace UARGGRUNCHUARRG cuando traga. Después, cuando el niño crece, el pato de goma sigue haciendo muchísima compañía mientras tu madre te da tirones desenredándote el pelo, y mientras comprueba si tienes esos bichos asquerosos que se le ponen a uno en el pelo y que se llaman piojos.

El pato de las niñas era el pato de goma más pequeño de la historia conocida de los patos de goma del mundo mundial y redondito. Se llamaba Patopulga y era hijo de la señora Pata Pico Pala, que era una pata un poco estirada, muy planchada y pulida a las que los otros animales de goma consideraban un tanto creída.

Patopulga traía a su madre por la calle de la amargura. Se escapaba al jardín a la menor ocasión y como era tan pequeño se colaba por todas las rendijas y se escondía en cualquier sitio. Lo que más le gustaba a Patopulga en el mundo era jugar con las lagartijas cuando se perseguían las unas a las otras y meterse con ellas por los rincones entre las plantas aromáticas que mamá tenía delante de la cocina, y salir oliendo a hierbabuena, albahaca,

tomillo y romero, o acompañar a las mariquitas cuando iban a visitarse las unas a las otras, porque a las mariquitas les encanta eso, un día van a ver a Doña Maripuchi y al otro Doña Maripuchi va a ver a Doña Quitita y Patopulga con ellas, para aquí y para allá, y luego volvía al cuarto de baño manchado de barro y tierra y su madre se desesperaba, y los otros animales de goma se decían los unos a los otros “Hay que ver, con lo que es Doña Pata Pico Pala y lo tremendo que le ha salido el niño”. En el baño, el mejor amigo de Patopulga es Paquito, un conejo de goma que era de Irene cuando era Irenita. Ahora los dos junto con Cerdo Esponja y Rana Esponja juegan en la bañera con Laura. Pero solo los domingos, no os creáis. El resto de los días Laura se ducha, porque sus padres le han dicho que en el mundo no hay agua para todos, y hay que ser cuidadoso a la hora de gastarla.

### ISI, OSI, JUANITA, Y SUSO. CIEMPI. LOS MAYORES DE LA CASA.

Los más grandes de la casa son Osi, Isi, Juanita y Suso. Y Ciempi, claro. Lo de Ciempi es para verlo. Es un ciempiés que tiene de verdad de verdad cien pies, y debe medir como veinte o treinta metros. Bueno, tantos a lo mejor no, pero es largo de verdad, tan largo que cuando Laura era bebé y apenas se aguantaba sentada, Ciempi daba dos vueltas a su alrededor para que si se caía lo hiciese en blandito. Ciempi llegó a casa desde Muy Lejos, y en avión. Un tío muy divertido de las niñas se lo llevó al aeropuerto a

la Yaya que había pasado unos días de visita en su casa y cuando la yaya vio aquel bicho tan largo se temió que no la dejaría subir al avión con él, así que entre los dos lo enroscaron como pudieron, lo metieron en una bolsa de plástico enorme y le dijeron a la señorita azafata “Es equipaje de mano”, que es una cosa que se dice en los aeropuertos cuando uno no quiere que le pierdan algo, y así lo pudo llevar con ella. Ahora vive en la casita del jardín, porque ese es el mejor sitio para un ciempiés, aunque sea de peluche.

Juanita es una coneja blanca. No es tan grande como Ciempi, pero no esta mal para ser coneja. Se llama así porque se la regaló un señor llamado Juan. Isi, que es un oso tamaño Juanita, se llama así porque se lo regaló un señor llamado Isidro, y Suso porque se lo regaló una señora llamada Susana. Y Osi, que como no podía ser de otro modo, también es un oso, se llama así porque de alguna manera se tenía que llamar. Lo importante no es tu nombre, sino que te llamen con verdadero cariño. Juanita, Suso, Isi y Osi son los que cuidan de los pequeños cuando no hay nadie en casa.

Son unos peluches muy sensatos. Cuando estaban de viaje mamá hacía ver que les llamaba por teléfono para enterarse de si todo iba bien por casa, porque algunas veces pasaban cosas, cómo el día en que los ositos pequeños quisieron darle una sorpresa a papá y lavar su coche, y lo metieron entre todos en la piscina. Menos mal que solo era una historia de las de mamá, pero así y todo papá se

preocupó mucho, porque para papá su coche era como Peposo para Irene o Samy para Laura, así que acordaron que Juanita, Suso y Isi y Osi vigilarían a los pequeños, y Ciempi se encargaría de los que vivían en la casita del jardín.

Desde entonces ya no hubo más problemas. Ni de verdad, ni de imaginación.

### SHEN-YI Y JANA. LAS MUÑECAS QUE FUERON ADOPTADAS

Cuando Irene y Laura se enteraron de que algunos señores y señoras que querían ser papás adoptaban a niños y niñas venidos de países lejanos para quererlos, protegerlos, cuidarlos y besarlos mucho mucho, como papá y mamá hacían con ellas, y que esos niños y niñas tuviesen para siempre más una casa, unos padres, abuelos, tíos, primos y amigos, les pareció que era una idea estupenda. Un día, cuando Laura estaba en el parque haciendo fila para subir al tobogán, llegó un niño grande y bestiajo, empujó a una niñita china que estaba delante de ella y le dijo “Tú, Aquí voy yo”. La niña no le dejó pasar, y Laura se alegró. Laura pensó que aquella niñita china parecía una muñeca, pero al niño bestiajo y grande debió de parecerle un balón, porque le dio una patada y dijo “China de mierda”. Aquello era más de lo que Laura estaba dispuesta a aguantar, porque no le gustaba nada que se le hablará así a nadie, y porque nadie le había llamado a aquel niño “bestiajo”, así que, aunque era más grande que ella, se plantó ante su cara sucia y le empezó a reñir. Le riñó con palabras muy sabias y serias, de las que usan los mayores. Le dijo cosas como “¿No te da

vergüenza?” o “¿Cómo te atreves?” o “Parece mentira...” Le riñó tanto que los otros niños se animaron y empezaron a reñirle también, hasta que se fue. Y la niña chinita se sintió muy muy bien. Y También Laura se sintió muy muy bien.

Aquel año, para Navidad, los Reyes le trajeron a Laura dos muñecas. Pero no eran muñecas cualesquiera. Una era una muñeca china y la otra una muñeca negra. Pero china y negra de verdad, no como esas que son todas iguales y solo les cambia el color. Tenían el pelo, los ojos y la nariz como el pelo, los ojos y la nariz de los niños que son chinos y negros. Laura llamó a la muñeca china Shen-yi y a la muñeca negra Jana.

Aquel verano, cuando vino la abuelita, les hizo unos vestidos preciosos. Laura tiene muchas muñecas, como tú, pero Shen-yi y Jana son muy especiales porque cuando uno las mira piensa en países lejanos y exóticos y en cosas que aún no sabe y que será capaz de aprender si a lo largo de su vida escucha con respeto y con intereses a los que son distintos a nosotros.

### LOS ENCHUFADOS

Pero sin lugar a duda, si hay en la casa algún muñeco enchufado, son los animalitos. Lo primero que debéis saber es que estar “enchufado” no es para nada estar con los deditos metidos en el enchufe. Primero, y, sobre todo, porque eso es una cosa que jamás de los jamases hay que hacer, y seguro que te lo han dicho



miles de veces, papá, mamá, tus hermanos mayores, tus abuelos, tus tíos, tus tíos-abuelos y hasta tu ángel de la guarda. Nunca, nunca pero que nunca hay que meter los dedos en un enchufe. En realidad, es mejor que no los metas en ningún sitio, por si acaso. Pero es que hay sitios, como los enchufes, en que si uno desobedece lo que pasa es tan y tan malo que ni siquiera hace falta que te castiguen después de hacerlo. Duele mucho, y a menudo se acaba en un hospital, con papá y mamá llorando, así que no lo hagas y ya está.

Pero “estar enchufado”, es otra cosa. Es ser el Pefe, el Favo, al que le dejan hacer cosas que a otro no le dejan. Seguro que tú conoces a alguien enchufado. Qué digo. Seguro que tú también estás enchufado.

En la casa de las niñas, como ya te he dicho, los enchufados eran los animalitos. Quien sabe cómo, quien sabe porqué, quizás por su cara bonita, por esos ojillos juntos que parecían inocentes, por lo suaves y peluditos o porque tenían la cara muy dura, el caso es que habían ido llegando de uno en uno a la casa, se habían ido colando en la habitación y en el corazón de las niñas, y de ahí no los sacaba nadie.

Los animalitos eran ocho, cuatro de Irene y cuatro de Laura. En la habitación de Irene vivía Isma, que era un leopardo mimado, malcriado y barrigón, fresco y sinvergüenza, celosillo y cariñoso, aunque luego os hablaré más de él, Lupo, que era un lobito bueno que llevaba un abrigo de lana de oveja, Álex, un caballo caballeroso y Rafa el Jirafa, gran amante de los libros de espadachines.

En el cuarto de Laura vivía Oscar, un tigre juguetón y obediente, Juancho, un lagarto ligón y astuto, Leo, un león vegetariano y bueno como no os podéis llegar a imaginar y Arturito, un unicornio casi bebé que ayudaba a recuperar el sueño en esas noches en las que te despiertas de golpe sin saber porqué y parece que ya no te podrás dormir nunca más.

De todos ellos, sin duda alguna, el que más bulla daba, era Isma. Por alguna razón que nadie conocía, Irene le permitía todo, todo, todo. Los animalitos y Peposo se turnaban para dormir con ella; guardaban un turno muy respetuoso, como cuando vas a comprar con mamá o con papá, como cuando esperas que te toque subir al columpio. A Isma le pasaba como a esos niños que tienen tantas ganas de columpiarse como tú, pero menos paciencia, y acaban a empujones con los otros niños que hacen fila tranquilitos. Isma siempre acababa colándose, se metía en la cama mientras Irene se lavaba los dientes, se cepillaba el pelo o se ponía crema. Irene es muy, pero que muy presumida, y mamá a veces dice que también es muy, pero que muy pesada, sobre todo cuando se arregla y se pone guapa, que es casi todo el rato, incluso para irse a dormir. Isma lo sabía y se aprovechaba. Se colaba entre las sabanas, se apalancaba entre las almohadas mulliditas y se hacía el dormido.

Cuando Irene volvía y le veía, gordito y feliz, manchando la almohada con baba de lo a gusto que estaba, le daba pena despertarle y ya lo había conseguido, ya se había quedado un día más. Alex y los otros a veces se mosqueaban, pero como eran tan

buenos bichos, acababan conformándose y a cambio, Irene, se los llevaba en ocasiones de viaje, mientras Isma, que era gordete y grande, se quedaba en casa, muy muy fastidiado.

Lupo era pequeñajo aunque era el más mayor de todos. Le pasaba como a algunos niños, que no han crecido todo lo que ellos quisieran y son los más bajitos de su clase. Pero Lupo sabía que eso no tenía importancia. Aprendió pronto a hacerse amigo de las ovejas, que eran menos bestias que los otros lobos, y se pasaba las horas con ellas. Se hizo tan amigo que entre todas le regalaron un abrigo de lana blanca y rizada, con capucha y todo, y con el abrigo puesto Lupo parecía más un corderillo que un lobo feroz. Pero el perro pastor, que era como los papás, y nunca dejaba de preocuparse por sus ovejas, no se fiaba del todo, Decía que un lobo siempre es un lobo. Así que cuando Lupo se cansó de tanto rollo echó a andar y no paró hasta llegar a la casa. Miró desde fuera, vio en el jardín a Lily y a Lucía, que correteaban alrededor del cerezo, que estaba plagadito de flores blancas que caían sobre ellas como una lluvia perfumada, y decidió en ese mismo instante que esa era la casa en la que quería vivir. Y se quedó.

Alex, el caballo caballeroso, estaba bastante crecido para su edad. Era casi tan grande como Isma, pero mucho más serio y responsable. Era muy amigo de Rafa, el Jirafa, y a menudo pasaban horas juntos, leyendo los libros que Irene tenía y que eran chulísimos, Hablaban de caballeros y de princesas, pero no de

princesas cursis y debiluchas, sino de princesas valientes que tenían espada. También tenía libros de piratas. A veces, después de leer uno de esos libros, los dos jugaban a que era bucaneros y corsarios, que es lo mismo que piratas más o menos, pero dicho así parece más importante, y hacían ver que la cama era un barco. Se lo pasaban tan bien que todos acababan queriendo jugar con ellos, y hasta venían los peludetes de Laura a jugar.

En el cuarto de Laura vivía Leo, el león más bueno y dulce del mundo. Una vez se enteró que algunos niños, a veces, venían del colegio con piojos, y creyó que los piojos eran unos bichitos simpáticos y cariñosos de muchos colores y que hacían cosquillas, así que se empeñó en que quería tener piojos y por más que le explicaron se pasó días y días poniéndose encima de la cabeza todo lo que pillaba, muñequitos, bichos de papel dibujado y hasta arañas del jardín. Laura necesitó mucha paciencia para hacerle entender que un león guapo solo lleva en la cabeza champú y colonia. Al final hubo que convencerle prometiéndole que le comprarían una mascota para él solo.

Además de Leo, en la cama de Laura vive Arturito. Arturito es un unicornio tan jovencito que aún es blanco y azul cielo. Él dice que cuando sea mayor será azul oscuro, pero la verdad es que nadie se lo cree, y además, a todo el mundo le encanta tal y como es. Arturito se cayó de un sueño. Laura soñaba con unicornios, y Arturito soñaba con niñas. Se encontraron a medio camino y cuando Laura se despertó, Arturito se había quedado con ella para

siempre. Al principio solo quería comer chuches, de esas que parecen nubecitas, y decía que eso era lo único que comían los unicornios. Pero un día le empezó a doler el cuernillo y hubo que llevarle al Dentista de Unicornios, y este, tras examinarle cuidadosamente le dijo que tenía principio de caries. Yo no sé si tú has tenido alguna vez caries, pero hay que ver lo que duele.

Desde entonces, Arturito cambió las chuches por mandarinas y fresas, y ahora el cuernecillo ya está estupendo. Cuando Laura cree que no va a poder dormir se agarra fuerte al cuerno de Arturito, que es muy suave, y se quedan fritos los dos, Arturito y ella.

Me queda hablar de Juancho y de Oscar. Oscar llegó a la casa de la mano de Isma, es como su hermanito pequeño solo que es un tigre, pero la verdad es que se porta mucho mejor. Juancho, o Juanchete, o Juanchito, como les llaman los otros, es un largartijo. Él dice que es un cocodrilo del Nilo. El Nilo es un río grande grande y largo largo que está en Egipto, al lado de las pirámides. Juancho lo vio en una revista de mamá y desde entonces se hace el chulo. Pero es una trola. En realidad, es un largartijo que se pasa la vida correteando detrás de las Barbies.

En la cama de Laura no hay turnos. Duermen todos a pelotón. Cuatro muñecos más Sami, con cuatro patas cada uno son un total de diez patas, más las de Laura, es un lío tremendo. Por las mañanas, cuando mamá va a despertarla, nunca sabe si el pelo es

de ella o de Leo, si el piececillo es de Laura o una pata de Arturito.  
Si besa una oreja o la barriga de Oscar.

A veces todos los Peludetes se juntan y empiezan a jugar al pilla-pilla. Cuando oyen que alguien llega corre cada uno a sus sitios, pero si van muy deprisa se hacen un lío y acaba Oscar en la cama de Irene, o Isma en la de Laura. Cuando mamá los ve piensa que las niñas son muy buenas hermanas y se dejan los juguetes, pero qué va. Es mentira. Son los Peludetes que han hecho de las suyas....

### NICOLAS, BOMBILLO Y WÜRM. LOS MUÑECOS DE NAVIDAD

En Navidad pasan cosas prodigiosas, eso es algo que todos los niños saben. En casa de Irene y Laura, la Navidad empieza cuando mamá sube del garaje con cuatro cajas enormes llenas de adornos navideños y diciendo cosas como “cada año tenemos más trastos” o “esta casa parece unos grandes almacenes” En una de las cajas están, envueltas con muchísimo cuidado las figuritas del Belén, que son preciosas, con ropa de verdad, y hay que tratarlas con toda precaución para que no se rompan. En otras están los adornos del árbol, y una cajita en la que mamá guarda todas las felicitaciones que reciben desde hace años y años y años. A Laura y a Irene les gusta mucho mirarlas y preguntar cosas como “¿Quién es Pepito Gazmoño?” Entonces mamá contesta “El primo del hijo de la tía de una vecina de la abuela” o “¿Quiénes son MariPili y familia?” y entonces contesta papá “La tía de un amigo de la prima del

abuelo”. Otras veces ni papá ni mamá se acuerdan de quien es alguien, pero como la felicitación es bonita, se sigue guardando. En ocasiones, se ponen tristes, porque quien mandó la tarjeta ya no está en la tierra, o sí que está, pero han dejado de saber de él. Entonces Irene y Laura abren la última caja, que es la que más les gusta y así distraen a los papas.

En la última caja están guardados los muñecos navideños. Son osos, muñecos de nieve, papanoeles, renos y todo tipo de bichos navideños, que duermen durante todo el año, porque dice mamá que es lo que les gusta, y que en verano se desharían, y además es mucho más emocionante verlos venir así, como en los anuncios de turrone, sabiendo que con ellos llega la Navidad.

Los más famosos de los osos navideños son Nicolás y Bombillo, dos osos blancos con gorro y bufanda. Bombillo, además, lleva en las patas y las orejas una tela muy bonita, roja con estrellitas. Se lo regalaron a las niñas en una tienda de lámparas, cuando papá compraba toneladas y toneladas de luces de colores para adornar el jardín, tantas bombillas que mamá cuando las vio dijo que les iba a aterrizar un avión en el porche, creyéndose que aquello era el aeropuerto. Así que no se podía llamar de otro modo, no le iban a llamar Lámparo. Nicolás también fue un regalo de una tienda. Y es que en las tiendas se vuelven muy muy simpáticos cuando llegan esos días. Würm no es un oso, es un muñeco de nieve con patas muy largas y patines de hielo. Mamá

dice que es el único muñeco de nieve del mundo que tiene frío y por eso lo ponen al lado de la chimenea. El nombre se lo puso ella; dice que Würm fue una época hace muchos muchos años en la que la tierra estaba llena de hielo y a las niñas les pareció un buen nombre, raro pero bueno.

Bombillo, Nicolás y Würm se encargan de cuidar del Belén y del árbol, despistan a las niñas cuando viene Papa Noel o los Reyes, para que no los vean y se comen el turrón que sobra. El muy útil tener muñecos navideños. Cualquier muñeco al que se le ponga una bufanda o un gorro puede servir de muñeco navideño. Cuando acaban las fiestas, les das un beso y los guardas en la caja hasta el año siguiente. A ellos no les importa. Pero sí por la noche oyes voces por la casa, no te preocupes. A lo mejor es que los muñecos de siempre han ido a visitar a los navideños y les están explicando cosas, como que Laura ya se sabe las tablas de multiplicar o que Irene cada vez está más y más presumida.

### TODOS PERO QUE TODOS LOS OSITOS

Todos, pero que todos los ositos, tienen historia. Todos los juguetes. También todas las personas tienen historia. Una historia diferente de la de las otras personas. Lo que pasa es que no siempre estamos atentos cuando la explican. Ahora ya te sabes la de Samy y Peposo, la de Teddy, la de las Peluchas, la de los Suavitos, la de Patopulga....Hay muchos otros de los que no te



hemos hablado, pero sobre todo hay muchos otros que están en tu casa, en tu propia habitación, esperando a que les preguntes para contarte las aventuras que los llevaron hasta tu cama. Si al principio te cuesta oírlos solo tienes que hacer una cosa. La próxima vez que vayas a casa de tus abuelos, busca en los dormitorios y seguro que encuentras algún juguete polvoriento, o alguna muñeca con cara de aburrida y la ropa algo amarilla. Pregúntale a tu abuelo o a tu abuela cómo llegaron hasta allí, a quién pertenecían, qué era lo que hacían bien. Siéntate a su lado y entérate de si se comían las pesadillas del tío Pepito o curaban el miedo de mamá a estar a oscuras, o de si los trajo la tía-abuela segunda del primo del sobrino de un vecino de la otra casa cuando vino de vacaciones de Cuenca. Escucha atentamente todo lo que tu abuelo o tu abuela te cuenten y así te enteras además de cómo era la vida cuándo papá y mamá eran pequeños, cuándo el abuelo y la abuela eran pequeños y se te pasará la tarde tan, pero que tan deprisa, que no te darás ni cuenta y ojala descubras que no todas las aventuras están en la consola de videojuegos, y que tal vez no necesites tantos juguetes como anuncian en la tele, bastará con que quieras un poquito más a los que tienes; inventa sus aventuras, y hasta puede que alguno tenga dos o tres historias distintas y verdaderas, como Sammy, porque a veces con los peluches pasa eso, y a nadie le extraña, a todo el mundo le parece normal.

## CIERRA LOS OJITOS COMO LOS OSITOS

Todos los peluches, todos los juguetes se van a la cama cuando su niño tiene sueño. Los ositos más obedientes se acaban la sopa, se lavan sus dientecitos, dan las buenas noches y se acuestan. Algunos se hacen los remolones, como Borobá que espera que Irene esté metida en la cama leyendo y poniendo cara de monito bueno dice “Borobá muy pequeñito. ¿Borobá duerme con Irene?” Entonces Irene aparta la manta y le hace un huequecito. Otros, como Samy, que se duermen antes de que mamá les arrope, y roncan un poco, muy suave, algo así como zzzzzsrrrrrrrrrrr...

¿Y el tuyo?

Todos los ositos,

grandes y pequeños,

se van a la cama

si su niño tiene sueño.

Todos los ositos,

todos los juguetes,

se van a la cama

si en la cama tú te metes.

Todos los ositos

cierran los ojitos,

todas las muñecas

se van a dormir.

Cuando los ositos

son muy obedientes

se acaban la sopa,

se lavan los dientes,

dan las buenas noches,

se van a la cama

y luego su mami

les canta una nana.

Para que mañana

tú puedas jugar

es muy necesario,

tienes que descansar.

Para que mañana

vuelvas a reír,

es muy importante  
que te vayas a dormir.

Duérmete mi vida,  
duérmete mi amor,  
duérmete mi cielo,  
duérmete mi sol,  
duérmete cariño,  
duérmete mi bien,  
duérmete tesoro,  
duerme, duérmete...

Cierra los ojitos,  
como los ositos...